

**DISCURSO DEL DOCTOR JOSE RAFAEL RANGEL
EN EL COLEGIO DE ABOGADOS Y EN EL
SALON DE LECTURA DE SAN CRISTOBAL, AL
DEVELAR EL RETRATO DEL EMINENTE JURISTA
DOCTOR AMENODORO RANGEL LAMUS
EL DIA 11 DE JULIO DE 1986**

Un reloj despertador repiquetea su campanilla alrededor de las cuatro de la madrugada; el dueño de la pequeña finca, "Los Peones", como entonces se llamaba a los obreros, y tres niños cuyas edades aproximadas eran diez años, Víctor; ocho o nueve, Carlos; y cinco o seis, Amenodoro, se levantan y presurosos se dirigen a los potreros, húmedos todavía por el rocío nocturno. El menor entusiasmado y feliz corretea tras las vacas y los becerros para ayudar a llevarlos al corral. Una vez allí, viene toda la faena que implica el ordeño. El niño, con brío y animoso, ejecuta todas las pequeñas tareas que le asignan. Todo ello ocurre en una pequeña finca, al este de Ureña, que lleva por nombre "Blanquizal". Pero la madre, Carmen Lamus de Rangel, cree que ya es tiempo de mudarse a San Cristóbal para educar debidamente a los chicos. El padre, Víctor Rangel, logra cambiar a "Blanquizal", por otro fundo agrícola cercano a dicha ciudad denominado "La Chucuri", lo cual permite el traslado de la familia a una casa en esa localidad. Allí

arriban al anochecer, por lo que los niños no se dan cuenta de cómo es el sitio al cual han llegado. Con las primeras luces del día, se levanta Amenodoro y corre al portón de la casa. Lo que sus ojos infantiles ven es una larga, interminable y empedrada calle, solitaria, apenas con una que otra alma viviente transitándola y con una acequia en el medio. Para él, aquello es la versión de la prisión que le espera. Viene a su mente el recuerdo de los mugidos de las vacas, de los cantos del ordeñador y de todo aquel espectáculo del amanecer en Blanquizal y rompe a llorar con amargura. Sabe que aquello más nunca se repetirá. ¿Presentimiento? ¿Instinto o premonición del futuro de luchas que le esperan? Ya anciano, con frecuencia solía decirnos, “en Blanquizal yo conocí la felicidad, lo malo es que no lo sabía”. Me recordaba “Rosebud”, el pequeño trineo de “El Ciudadano Kane” que era su felicidad en la infancia y fueron sus últimas palabras al morir en la clásica película de Orson Welles. Posiblemente ese recuerdo fue lo que hizo que a través de toda su vida se mantuviese apegado al campo, único lugar según su decir, donde podía “discutir con Júpiter sobre la felicidad”.

Después vienen la escuela y los estudios de bachillerato, esencialmente humanístico por cierto. Se distinguió como brillante estudiante, al igual que su hermano Carlos. Como maestro y profesor, un hombre íntegro, honorable en el más amplio sentido de la palabra y verdadero educador, el Dr. Antonio Rómulo Costa, se ganó su respeto, admiración y cariño. A través de su vida siempre noté pequeños detalles que indicaban hasta donde había influido en su personalidad aquel maestro.

Al terminar el bachillerato, se traslada a Mérida. Allí comienza sus estudios con todas las inquietudes e ilusiones propias de la juventud. Al poco tiempo, descubre profesores que son auténticos en su personalidad y en sus actuaciones,

pero, lamentablemente otros que son solamente fachada. No resiste el hábito que ya traía de San Cristóbal de escribir en los diarios de la localidad, por lo que funda un pequeño periódico estudiantil y en él hace públicas sus opiniones y críticas, lo que le suscita graves y peligros problemas de los cuales le ayudan a salir sus amigos Foción Febres Cordero y Guillermo Balza. Como consecuencia de esos acontecimientos, se traslada a Caracas, allí también encuentra problemas similares con respecto a los profesores.

Después de muchas vicisitudes, entre otras un cierre de la universidad, culminó su carrera.

Señores y señoras, al llegar a este punto de lo que fue en apretada síntesis la vida estudiantil de mi padre, con su perdón, me voy a tomar la libertad de hacer una pequeña digresión para criticar la forma como muchas personas plantean el problema de la educación y más que todo, el grado de preparación que presenta la mayoría de nuestros estudiantes. He notado que se le imputa al estudiantado la mayor parte de la responsabilidad por su mala capacitación, se exhiben los altísimos porcentajes que presentan notas de diez, doce y trece puntos, pero muy poco se habla de la responsabilidad de las masonerías del profesorado (no hablo de gremios o partidos) ya mencionadas desde el siglo dieciocho (XVIII), por el padre Feijoo, y que, como muchas veces nos lo repitió mi inolvidable y genial maestro Don Gregorio Marañón, no conforman, ni con mucho, los mejores educadores. Tampoco se abordan los problemas derivados de las actitudes, muchas veces permisivas y en franca desautorización de los profesores por parte de muchos padres. Terminó esta disgregación, con un comentario que de no hacerlo, me remordería la conciencia: En más de veinte años de experiencia docente universitaria y analizando psicológica y emocionalmente a los estudiantes que hicieron su pasantía conmigo, encontré que casi un noventa por ciento eran idealistas, honestos y, un

gran número de ellos, ingenuos. También me fijé en que ellos esperaban esas mismas actitudes de los profesores pero eran unos lince para descubrir a aquellos que no eran auténticos consigo mismos, responsables, que predicaban unas cosas y hacían otras bien diferentes. Por su ingenuidad, un grupo de los estudiantes era fácilmente manipulable con propósitos políticos o con otros fines por personas interesadas y entrenadas para ello. Aclaro por último, que no hago estos planteamientos por demagogia con los estudiantes, pues soy un profesor jubilado. Es más, cuando ejercí la docencia y formé parte de jurados examinadores, casi siempre reprobaba entre un veinte a un cuarenta por ciento de examinados. Si había reclamos, les explicaba sencillamente que no quería engañarlos o estafarlos haciéndoles creer con la nota, que tenían una preparación que en realidad no poseían y que el día de mañana, si los complacía, pensarían de mí al descubrir sus lagunas de conocimientos, que yo era poco menos un pillo o un farsante. También les aclaraba que era mi deber defender a la multitud de enfermos que los esperaban cuando entraran al ejercicio profesional. En todos mis años de docencia puedo decir que jamás recibí la más mínima falta de respeto.

Volviendo a mi padre, después de graduado, su amor por el terruño le hizo regresar a San Cristóbal. Tiene un exitoso comienzo profesional ganándose muy pronto un prestigio de brillante abogado y jurista. Se casa y estando yo, quien les habla, recién nacido, se le obliga a interrumpir el ejercicio profesional por no aceptarle a Eustoquio Gomez el cargo de Juez en lo Penal, cuando todavía en un árbol de la parte alta de San Cristóbal, en Pirineos, colgaban los cadáveres, sujetos por ganchos de carnicero, de los que pagaron con su vida el intento de eliminar el tirano.

Se trasladó a Trujillo donde es nombrado profesor del Colegio de Abogados que en ese entonces funcionaba

en la ciudad. Allí, como en San Cristóbal, de sus modestos ingresos siempre destinaba una partida para tener una cuenta con sus librerías de Italia y Francia. En esa localidad, mis padres fueron altamente apreciados en todos los círculos. Con la colaboración de mi madre, es allí donde realiza el hallazgo, en los libros que recibía, de las nuevas concepciones jurídicas que entonces se debatían y especialmente las relativas a la función social de la propiedad.

Yo interpreto su apresuramiento en difundir estas nuevas doctrinas (fue el primero en hacerlo en Venezuela), como una expresión más de su preocupación por la justicia social y de su lucha por una justa distribución de la propiedad de la tierra. Es durante esta etapa de su vida y los años que transcurren hasta la muerte del General Juan Vicente Gómez, cuando desarrolla buena parte de su labor jurídica, traducida en su folleto "Logos", la Gaceta Jurídica Trimestral, "Estudios de Derecho Privado" y numerosos trabajos sobre diferentes aspectos legales recogidos en su último libro "Estudios Jurídicos". En una etapa posterior, animado por su preocupación por el agro que era su real vocación, dedicará su labor intelectual al estudio de los problemas agrícolas y agrarios. Como resultado de esas inquietudes, publicará numerosos trabajos entre los cuales cabe destacar especialmente "Temas Agrícolas y Agrarios", "Los problemas de la tierra y otros temas", "La Rueda del Tiempo" y "El hombre y la tierra". Es de notar que su pasión llegó al punto que cuando tenía que llenar un cuestionario a la pregunta: **Profesión:** respondía: **Agricultor.**

Cuando se le designaba para una función pública, una notable transformación se operaba en él y debo anotar que casi siempre escogió las relacionadas con el agro. Basado en mi entrenamiento siquiátrico, involuntariamente estudié algunos aspectos del fenómeno, que consistía en que de una

vida tranquila, ordenada y metódica pasaba, al ejercer al cargo, a un entusiasmo que solamente podría calificarse como más que febril. Sus descansos eran muy breves, no había fines de semana, en fin, toda su persona se entregaba a la misión que le había confiado. Es molesto lo que voy a decir, pero tal conducta es casi excepcional en los funcionarios públicos, y por lo tanto, muy pronto se hace notar. El común de los políticos y de muchas otras gentes sólomente veían dos finalidades en ella: o búsqueda de poder, o lucro, o ambos a la vez. Por supuesto, juzgado en esta forma, se convertía en un elemento "peligroso" (entre comillas), al que había que anular. Ante ustedes, señores y señoras, puedo asegurar bajo mi palabra, que solamente dos metas persiguió mi padre en sus actuaciones públicas: una, ejercer las funciones que le habrían sido encomendadas en forma honesta y limpia; y otra, cumplir la obra que se proponía. Es así como desde la presidencia del Concejo Municipal de este Distrito en 1926, por primera vez en Venezuela desde una municipalidad, con un presupuesto ínfimo, se adelantan obras de verdadero contenido social, como son: la atención a la infancia abandonada, servicios médicos gratuitos de control antivenéreo a las mujeres de vida pública, hoy División de Veneorología del S.A.S., y un instituto dedicado a su transformación en personas útiles a la sociedad y a si mismas; servicios odontológicos gratuitos para las clases populares; parques de recreo infantil, asilo de ancianos, hoy Patronato de anciones e inválidos, y tantas otras iniciativas del mismo signo que hoy se escapan a mi memoria. En la Secretaría de la Comisión Revisora de Códigos Nacional, presenta trabajos jurídicos que ulteriormente recogerá en su obra "Estudios de Derecho Privado"

Como Secretario Privado del Presidente de la República solicita y obtiene el apoyo del Gobierno Nacional para la construcción del nuevo edificio para sede del "Salón de Lectura" como así bautizó el Dr. Abel Santos, su

Primer Presidente esta casa de la cultura tachirense que pensábamos quedaría así, como la "Scala de Milán" o "El Carnesie Hall de N.Y.". En fin, bien podría decirse que en cada uno de los cargos que llegó a ejercer trató siempre de dejar obra en función del bien colectivo. Pero en el fondo su gran preocupación y con lo que realmente soñaba, confirmando en ello el recuerdo de su infancia, era el bienestar de las clases rurales, bien fuera a través de la educación en sus casas o en sus aldeas, mediante la ayuda de casi un ejército de demostradoras del hogar campesino, equivalentes a las trabajadoras sociales de la ciudad pero con funciones más amplias o a través de ingenieros, agrónomos, peritos agropecuarios, veterinarios y de las escuelas de capacitación agrícola; de asegurarles mercados y precios remunerativos para sus cosechas o ganados; de acercar el productor al consumidor mediante los mercados libres y casas del campesino; de ayuda al campesino mediante la creación de institutos de investigación y de granjas de demostración agrícola, cooperativas, potreros comunales, crédito fácil y barato, estaciones de zootecnia y las primeras instalaciones de ensilaje establecidas en el país y tantos otros que resultaría largo de enumerar.

En fin, la revolución agrícola y agraria que tan exitosamente lograron los norteamericanos en la década de los treinta, bajo el mandato del Presidente Roosevelt, y que es desde donde hoy derivan el mayor poderío del mundo en materia alimentaria. En la misma época, mediante las políticas señaladas, mi padre trataba de realizar algo similar.

Desgraciadamente fue bloqueado por intereses creados de todo tipo, que no es el caso mencionar ahora, pero que si puede decirse que son los mismos que han llevado a la Nación a la crisis de producción agropecuaria, entre otras en que se encuentra actualmente. Tenía conciencia muy clara de su capacidad y hubiera podido ocupar posiciones

más altas que las que desempeñó, pero como más de una vez nos lo dijo: “la transformación del país que yo quisiera realizar sería poco menos que imposible llevarla a cabo por el poco elemento humano identificado conmigo, con que contaría para tal empresa”.

Para terminar, quiero decir que su actitud en todos los cargos públicos que desempeñó puede resumirse en el párrafo de un discurso que pronunció en lo que era su casa, el Salón de Lectura, que tanto amó, y del que fue uno de sus fundadores, junto con un grupo de jóvenes, inspirados todos ellos y acicateados por ese ilustre tachirense llamado Don Pablo Pulido Rubio; el cual he tomado de un pequeño folleto titulado “Origen y Desarrollo de la sociedad Salón de Lectura de San Cristóbal Estado Táchira” Editorial Arte-Caracas. Dice así el párrafo: “Habrá los hombres-estorbo que tratarán de obstaculizar nuestra labor, tal vez muchos sonreirán escépticos, o armados de predisposición, pero debemos tener en cuenta que estos serán precisamente los enemigos que tratarán de cerrarnos el paso: la abulia, la incomprensión y el pesimismo. Yo recuerdo que una vez, en asocio de destacados elementos de la ciudad, emprendí al frente de un servicio público la tarea de crear una serie de instituciones directamente destinadas al mejoramiento intelectual, moral y físico del pueblo. Sancho infeliz montó en ira, y no hubo día, no hubo hora, no hubo instante en que dejara de levantar tribuna, o para anunciarnos el fracaso, o para cubrirnos de dicterios; pero ni la ira de Sancho, ni su vaticinio, ni sus dicterios, detuvieron nuestra marcha, y la obra se hizo, y echó raíces en la conciencia pública, y de ella quedan claros exponentes que son como jirones de una bandera de combate que mostrará a los hombres la eternidad de todo ideal de justicia social y de perfeccionamiento colectivo”.

Señores, señoras: en nombre de nuestra madre, ausente por razones de salud, de mis hermanos, de los descendien-

tes aquí presentes y de los ausentes y en el mío propio, expreso nuestro más profundo y conmovido acento de gratitud por este trascendental homenaje a la memoria de nuestro padre, a las Juntas Directivas del Centro de Historia del Táchira, del Colegio de Abogados del Estado Táchira, del Ateneo del Táchira -Sociedad Salón de Lectura-, a la Dirección de Cultura y Bellas Artes de la Gobernación del Estado a los organizadores de este acto de manera deferente al Dr. Juan Tomás García Tamayo, al Dr. Víctor Hugo Mora Contreras, por sus interesantes conceptos sobre la obra jurídica de Amenodoro Rangel Lamus, y muy especialmente a nuestro fraterno amigo, senador Dr. Ramón J. Velásquez, por su brillante pieza oratoria.

Señoras, señores.